

1
PTA
-

SU PRIMER BESO

EDICION
POPULAR

KAY
FRANCIS
GEORGE
BRENT

EDICIONES BISTAGNE



Amor et discipulo
Braso

SU PRIMER BESO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICION POPULAR

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - Barcelona

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

SU PRIMER BESO

Magnífico asunto

Dirigido por
FRANK BORZAGE

Es un film de la famosa marca
WARNER BROS - FIRST NATIONAL

Distribuido por
WARNER BROS - FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.
Paseo de Pi y Margall, 77 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Kay Francis
George Brent

Su primer beso

Argumento de la película

A la llegada de todos los trenes, a todas horas del día y a muchas de la noche, en todo momento en que pudiera ser de utilidad su servicio de información y de orientación, Lynn Palmer estaba dispuesta a entregarse en cuerpo y alma a su trabajo. Era infatigable. Su actividad, desplegada a todas velas, la hacía multiplicarse y atender en un momento mil asuntos distintos.

Había ella creado aquella agencia a la que llamaba "La Ayuda del Viajero" y, en realidad, el nombre no podía sentarle mejor, pues no llegaba nadie a la ciudad que no acudiera a Lynn Palmer para preguntarle las cosas más inverosímiles y absurdas que ella sabía siempre contestar con un aplomo y una entereza admirables. Se sabía al dedillo todo el dedalo de calles y de rincones de la ciudad entera;

conocía los nombres de los más altos personajes y de los habitantes más desconocidos de los barrios apartados; sabía la vida y milagros de todo el mundo, y así, con aquel haz de conocimientos diversos, podía ayudar al viajero que acudía a ella en busca de información.

Ella sabía dónde se daba el café mejor, dónde se comía barato, dónde podía dormirse sin necesidad de pagar un centavo, dónde se encontraba el mejor hotel y la pensión más económica, dónde estaba cualquiera a quien alguien viniera buscando desde el más apartado rincón del mundo.

En la estación se la conocía por la señorita de la escarapela, porque llevaba como distintivo de su cargo una escarapela en la parte izquierda del pecho. Lynn Palmer no se preocupaba ni poco ni mucho

de que se conociera su nombre propio. Le bastaba con haberse hecho popular con aquel seudónimo y con haber hecho célebre aquella oficina que tenía instalada y sobre cuyo ventanal se leía en gruesos caracteres: "LA AYUDA DEL VIAJERO".

Los porteros, los mozos de estación, los policías, los guardaagujas, los jefes, los fogoneros, los revisores, todos, en fin, conocían perfectamente "La Ayuda del Viajero" y conocían, ante todo, la actividad incansable de Lynn Palmer que atendía a cuantos a ella llegaban con la misma atención y el mismo interés, sin reparar en categorías ni atender a diferencias de clases sociales.

Lynn Palmer era una muchacha de espléndida belleza, de grandes ojos de un color cambiante y de un intenso mirar, de boca carnosa y sensual que se entreabría en una sonrisa acogedora que dejaba al descubierto la doble hilera de sus dientes blanquísimos y prietos.

No parecía ella muy preocupada de atender a su persona, entregada como estaba a atender a los demás; acaso por esto mismo su belleza natural se destacaba más firmemente en aquella falta de coquetería que la hacía aparecer en todo el esplendor de sus dotes propias,

no retocadas por un maquillaje estudiado, uno de esos maquillajes que hacen perder la personalidad a los rostros de mujer. Lynn Palmer era de una belleza exuberante y magnífica para la que no necesitaba retoques. Acaso su propia coquetería consistía precisamente en esto, en no retocar los rasgos perfectos de su rostro para darles mayor realce, dejándolos tal como eran, lo que le daba una personalidad muy marcada y una belleza muy característica.

En el hacinamiento de la llegada de trenes, cuando desembocaban en el andén de la estación los viajeros que llegaban de un largo viaje, cansados, desorientados, un poco aturridos y un mucho ansiosos de hallar quien les orientara en el desbarajuste de la gran ciudad, era cuando Lynn Palmer se encontraba en su propio elemento.

—He nacido en esta ciudad y posiblemente moriré en ella—dijo un viejecito que acababa de descender del tren penosamente—. Pero en realidad no sé lo que vengo a hacer aquí ni sé dónde ir ni a quién dirigirme, porque hace muchos, muchos años que estoy ausente de mi patria chica.

—Bien, diríjase usted a "La Ayuda del Viajero"—le replicó uno de los jefes de estación— y

allí le orientarán. Pregunte usted a la señorita de la escarapela. Ella le dirá lo que tiene que hacer.

Allá se fué el viejecito con su paso torpe, mientras una niña que no levantaba más que unos palmos del suelo, se dirigía a otro de los jefes para preguntar en donde encontraría a su papá.

—¿Quieres acompañar a esta niña a "La Ayuda del Viajero"—suplicó el jefe a uno de los mozos de estación.

—Sí, señor, con mucho gusto; la llevaré a la señorita de la escarapela. Vamos, nena.

Lynn Palmer estaba ocupadísima en su pequeña oficina. Había ya despachado muchas consultas y había contestado al teléfono cincuenta veces, resolviendo una serie de dificultades con las que tropezaban sus clientes y ella las tenía que resolver y que las resolvía siempre con la sonrisa en los labios, aquella sonrisa que le iluminaba el rostro y que le hacía simpática desde el primer instante que la vista se tropezaba con ella.

—Lynn Palmer al aparato—decía la voz de la "señorita de la escarapela" en el momento en que entraba en la oficina el portero con la nena—. Sí, aquí es "La Ayuda del Viajero"... ¿Qué desea?... ¡Ah, sí, sí, ya comprendo!... Su mamá

ha salido en el tren de las siete... Sí, sí, puede usted esperarla... Deseo que llegue felizmente... Buenas noches.

—Buenas noches — replicó el portero, viendo que Lynn había ya terminado su conversación telefónica—. Le traigo un cliente.

—¡Magnífico!... Valiente chiquilla, viajando solita a su edad. ¿Cómo te llamas, guapa?

—Diana Nichols — replicó la chiquilla que era lista y no tenía miedo de ir sola por el mundo—. Voy a Portland a buscar a mi papá, y mi mamá me ha dicho que me dirigiera a usted y que usted me guiara. ¿Es verdad?

—Claro que es verdad, bonita. Yo te guiaré. ¿Quieres esperarte un momento aquí, conmigo?

—Sí, señora, y si quiere le daré un poco de chocolate. ¿Le gusta el chocolate? A mí me gusta mucho.

—Gracias, gracias, luego comeré; mejor es que lo guardes para ti.

—Los trenes me gustan mucho — siguió diciendo la niña, mientras Lynn desplegaba su incansable actividad revolviendo papeles, llenando fichas, contestando al teléfono, atendiendo a nuevos clientes—. Pero me gustan más cuando

pitán, ¿sabe?... ¿Vendrá usted conmigo hasta Portland?

—No, rica, lo siento mucho pero no puedo acompañarte.

—¡Tanto como me hubiera gustado!... ¿Quién me ayudará a acostarme?

—La señorita Blanca te acompañará y te ayudará en todo lo que necesites. Blanca — añadió Lynn dirigiéndose a una enorme negriza que acababa de entrar respondiendo a una llamada de Lynn— acompaña a esta niña; aquí están los billetes; va a Portland en donde la espera su papá; el tren sale dentro de breves momentos; no pueden demorarse.

—Está bien, señorita. Dejaré a la niña en buenas manos.

—¿Me deja que le dé un beso de despedida?—preguntó Diana, poniéndose sobre la punta de los pies y tendiendo su deliciosa carita hacia Lynn que la tomó entre sus manos y la besó con cariño maternal.

—Adiós, rica.

—Adiós, señorita—replicó la nena, agitando la mano en señal de despedida.

Lynn se dirigió entonces al viejecito que estaba esperando pacientemente, con un rostro en el que estaba pintado el desconcierto, el desaliento de la vida, la fatiga de todo

y la honda amargura de un fin de vida sin esperanzas ni bellos recuerdos en los que soñar.

—¿Puedo serle útil en algo?—interrogó Lynn.

—Me han dicho que viniera a esta oficina, pero no creo que ni usted ni nadie puedan ayudarme en mi caso... No sé por qué he venido aquí... He venido porque en esta ciudad nací y en esta ciudad quiero morir... ¡No tengo dinero! ¡No tengo a nadie que me espere! ¡No tengo nada que esperar!... ¿Quién puede ayudarme?

—Bien... bien... De momento puedo ofrecerle alojamiento en nuestra pensión, si usted quiere. Tenemos una pensión para gentes que se encuentran en sus condiciones. Allí dormirá usted sin que le cueste un centavo... Y quizá mañana veremos las cosas con más claridad...

—¡No, no quiero entrar en un asilo, porque ya comprendo que es un asilo lo que usted me ofrece!... ¡No, no, gracias! ¡Estoy harto de asilos!... ¡Estoy harto de la caridad que se despliega con los pobres, con los abandonados, con aquellos a quien la vida nos ha vuelto la espalda y nos ha hecho sus parias!... ¡No quiero nada, nada más que morir en la misma ciudad en la que nací!...

Y el viejo, sacando un revólver de su bolsillo, antes de que Lynn pudiera evitarlo, antes de que hubiera podido hacer el menor gesto para auxiliar a aquel desesperado, se disparó en la sien y cayó al suelo muerto de un solo golpe.

—Pronto, pronto — dijo Lynn, hablando por teléfono—. Manden una ambulancia, pronto, pronto...

Y se tapó el rostro con las manos, no para huir del espectáculo siempre triste de la muerte, sino para meditar por un momento en la amargura de aquella vida que acababa de tener fin, en la honda amargura de aquel hombre que se había venido a suicidar en la ciudad en la que había nacido, como una fiera que, herida en plena selva, va a buscar su guarida para lanzar el último suspiro.

Cuando la ambulancia hubo retirado el cadáver, cuando en la estación se fué haciendo la calma, cuando se apagaron todas las luces y se retiraron todos los empleados, cuando ya todo iba a quedar paralizado hasta la llegada del primer tren de la mañana, Lynn salió de su oficina y se marchó a la casa en donde tenía alquilada una habitación y en la que vivía desde hacía bastante tiempo.

—Lynn—le dijo la patrona, de-

teniéndola al entrar — hoy voy a pedirte algo...

—Será la primera vez que me pides una cosa. ¿Qué pasa?

—Te está esperando la señora Tuthill con su hija Velma; parece ser que la niña se siente muy humanitaria y quiere hacer algo por la humanidad... Espero que no será ninguna majadería, porque de esa chiquilla impertinente todo se puede esperar... Bien, el caso es que Velma quiere convertirse en una trabajadora voluntaria.

—Más voluntaria... que trabajadora—murmuró Lynn—. Conozco el tipo y no me fío de ella...

—Lynn, la señora Tuthill no quiere que su hija viva sola en la ciudad, y quiere... bien, quiere instalarla aquí, contigo.

—¿Aquí? ¿En mi propia casa? ¡Oh, no, no, gracias! Ya puedes decirles que no...

—Es que... —murmuró la patrona, sin atreverse a concluir la frase.

—¿Qué?... ¿Que ya les has dicho que sí?—inquirió Lynn.

—Sí, Lynn, les he dicho que sí... Ofrecen pagar bien la pensión ¡y estamos tan necesitadas de dinero!

—Tienes razón... Está bien — replicó Lynn, vencida por el argumento.

—¿Aceptas?

—Acepto.

Lynn fué al encuentro de las recién llegadas. La señora Tuthill se adelantó a ella con un gesto de anhelosa cordialidad ficticia que puso en guardia a Lynn. La niña, Velma, una muchachita rubia, de un rubio platinado, muy pintada, muy coqueta, muy despreocupada, saludó con un leve saludo.

—Creo que las dos saldrán beneficiadas de formar un hogar común—dijo la mamá, después de haber cambiado unas frases triviales y de haber dado por cerrado el trato con Lynn Palmer—. Velma le será a usted de mucho provecho. Está encantada de entrar a formar parte de su oficina. "La Ayuda del Viajero" la tiene cautivada, ¿verdad, nena?

—Creo que va a ser muy divertido—replicó Velma, soltando una risita nerviosa.

—Bueno, creo que aquí estarás muy bien. La señorita Palmer te atenderá como si fueras su propia hija. Adiós, cariño. Adiós, señorita

ta Palmer, no abandone a mi niña. ¡Es tan joven y tan inexperta!

Lynn miró con una expresiva mirada a aquella chiquilla que no le parecía en absoluto inexperta, sino muy metida en las cosas de la vida, y despidió con negligencia a la señora Tuthill.

—¿Puedo llamar por teléfono? —interrogó Velma en cuanto su madre hubo partido.

—Sí, ahí tiene usted el aparato—replicó Lynn.

Velma marcó un número, aguardó breves instantes y dijo, con aquella risita nerviosa que crispaba a Lynn:

—Hola, Jack, todo ha ido a pedir de boca. Mamá no hace más que admirar mi desinterés y mi abnegación. No sospecha nada. No, no, no, ... esta noche no... Quizá mañana por la noche... Ahora tengo una compañera de habitación... Seguramente le serás más simpático a ella que a mamá... Y todo nos resultará ahora más fácil... Buenas noches, hasta mañana...

* * *

Llevaban ya unos días trabajando juntas, pero Velma no lograba asimilarse todo aquel desbarajuste de preguntas, de informaciones, de datos que era preciso dar desde el comienzo de la mañana hasta bien entrada la noche, en aquella pequeña oficina montada por Lynn Palmer en bien de la humanidad que viajaba desorientada... A Velma le daba un poco de risa aquel desinterés de Lynn, aquel afanarse para conseguir el bien de sus semejantes. Pero la divertía estar en aquel puesto, porque por él desfilaban tipos muy agradables, muy agradables, y la rubita coqueta era muy amante de los tipos agradables.

—Oiga, señorita—era un obrero de catadura extraña el que hablaba a Velma desde la ventanilla—¿puede decirme dónde encontraré una comida barata? Los precios de esta ciudad están fuera del alcance de mi bolsillo.

—No sé—contestó Velma, a la

que el tipo no le había chocado.

—¿Comida barata? —inquirió Lynn, solícita, atendiendo al cliente—. Vaya al Café Powel, cerca de Correos; allí encontrará lo que usted busca.

—Gracias —replicó el hombre, agradecido.

—Nuestro deber es atender a todo el mundo—ordenó Lynn cuando el cliente se hubo alejado—. No hemos de reparar ni en la clase ni en el aspecto; para nosotras todos son iguales, todos son gentes que necesitan una información que nosotros les podemos dar. ¿Por qué no te has puesto hoy la escarapela?

Velma no tuvo tiempo de replicar, porque un nuevo cliente llegaba y éste sí que le pareció digno de su atención, aunque sus modales no eran, ciertamente, todo lo finos que ella deseaba; pero era un real tipo, un buen mozo, un morenazo capaz de trastornar fácilmente su corazóncito de rubia sentimental.

—Busco a un hombre que se llama Stan Janauscheck — dijo, dirigiéndose a Velma, que le miró con coquetería y que replicó:

—¿Stan... qué?

—Janauscheck... ¿Qué habéis hecho de él?

—Si quiere usted llenar esta hojita con su reclamación... — insinuó Velma.

Pero el cliente tenía mal genio.

—No quiero llenar nada. Quiero encontrar a Stan Janauscheck, eso es todo.

—¿Puedo ayudarle en algo? — preguntó Lynn, acercándose temerosa de que Velma no atendiera a la clientela en forma debida.

—¡No!... Puede usted rascarse la barriga, si quiere — replicó el cliente, de mal talante—. Busco a un hombre que se llama Stan Janauscheck, ciudadano americano, que lleva un águila tatuada en la nuez y que probablemente a estas horas está más borracho que una cuba.

—¿De dónde venía ese hombre? —interrogó Lynn, para tener más orientación que la que el cliente le daba.

—No viene de ninguna parte. Es un obrero, un obrero con trabajo, sí, señora, y eso no se encuentra todos los días: ¡un obrero con trabajo! Su mujer vive en Wisconsin

sin y cada vez que se acuerda de ella y se pone sentimental coge unas pítimas que no hay quien le despierte. ¿Dónde está ese hombre al que busco?

—¿Hace el favor de darme su nombre de usted?—preguntó Lynn.

—¿Mi nombre? Me llamo Mack Hale.

—¿Mack Hale?—repitió Lynn, abriendo mucho sus enormes ojos, como si reconociera el nombre.

—Sí, Mack Hale. ¿Y qué?

—Nada. Haga el favor de llenar esta hoja. Y si necesita alguna nueva información pregunte a la señorita Tuthill.

—He venido aquí en busca de Stan Janauscheck y no a escribir la historia de mi vida — replicó el cliente arrojando lejos de sí aquella hojita que pedía toda clase de detalles en letras de molde y que había de llenar de puño y letra del solicitante.

—Me gustaría poder ayudarle—dijo Velma, muy coqueta, apoyándose en la mesa con un gesto provocativo.

Mack la miró con complacencia y miró con enojo a Lynn que se había enfrascado de nuevo en sus fichas y en sus papeles.

—También a mí me gustaría ayudarte, nena—dijo Mack a la rubita, bajando la voz—. Y para em-

pezar te diré que si no quieres acabar en el manicomio te vayas de esta maldita oficina que no sirve para nada. ¿Tengo o no tengo razón?

—No sé; soy nueva en el trabajo. Quizá tenga usted razón... — murmuró Velma, procurando que Lynn no la oyera.

Pero Lynn no la escuchaba, pues estaba hablando con un amigo suyo que había venido a invitarla para aquella noche, cuando se cerrara la oficina. Lynn aceptó gozosa. Era para ir a una interesante conferencia y a la muchacha le gustaba ilustrarse por aquel fácil medio que no requería más esfuerzo que fijar un poco de atención en el que hablaba.

Cuando terminó de hablar con el amigo y hubo atendido a varias llamadas telefónicas y a otras tantas personas que se habían acercado a ella en busca de información, volvió al lado de Mack Hale y le dijo:

—Perdone que le haya hecho esperar. ¡Estoy tan ocupada!... Pero aquí encuentro una ficha que nos pone sobre la pista: "Janauscheck, Stanislaw, Wisconsin. Ha recibido dinero de su mujer para el viaje y ha partido en el tren de las siete".

—Este es mi hombre... ¡Ya debí

suponérmelo!... ¿Y usted ha necesitado todo este rato para darme esta información? Bien, no sé de qué sirve su oficina. Es usted una mujer imposible.

—¡Vaya, niño, cálmese, que si quiero le puedo dar un bofetón!

—¿Quién es usted para decirme a mí eso?—gritó, enfurecido Mack, que no parecía querer admitir bromas de nadie y mucho menos de la muchacha.

—¿De veras no me recuerda usted? ¿No se acuerda de Lynn Palmer, la que vivía frente mismo de su casa en Pasadena?

—¡Oh!... — murmuró Mack, sin recordar bien.

—Me humilla usted, no recordándome—replicó Lynn sonriendo con aquella sonrisa que era un rayo de luz en su rostro hermosísimo—. Yo no he podido olvidarle... Fué usted el primer hombre que me besó... Yo tenía entonces quince años... Su primer beso me produjo una honda emoción que nunca, nunca he podido olvidar...

—¡Ah, sí, sí, ya me acuerdo! —exclamó Mack, sonriendo también—. Y cuando supe que usted sólo tenía quince años, me fuí corriendo a casa por miedo a lo que había hecho...

—Y yo me pasé la noche llorando, porque sólo tenía quince años...

—¡Quince años!... Y de eso hace... Sí, entonces usted tiene... — murmuró Mack, sacando cuentas.

—Sí, los mismos, no cuente más... Tengo esos exactos—interrumpió Lynn, antes de que Mack pudiera pronunciar la cifra exacta, como si temiera asustarse ella misma de lo rápidamente que pasa la vida.

Mack y Lynn rieron a coro. Se había roto el hielo. Ya no eran enemigos, como parecía al principio. Se habían reconocido y habían recordado. ¡Y qué bello recuerdo, el recuerdo de su primer beso de amor!

—¿Qué hace esta noche?—preguntó Mack, tras un breve silencio.

—Tengo una cita. ¿Y usted, qué hace en esta ciudad?

—Soy el superintendente de las obras del nuevo puente. ¿Qué hace usted mañana por la noche?

—Todavía no lo sé—rió Lynn, que no quería dejarse vencer tan rápidamente por aquel muchacho que parecía querer dominarlo todo—. ¿En realidad deseaba usted encontrar a ese Stan Janauscheck?

—Sí, es el aparejador y le necesito. ¿No podría usted romper el compromiso que tiene para esta noche?

—Lo siento, pero no puede ser. Si tanto necesita a ese Stan, pue-

de usted pagarle el viaje de regreso y le haremos volver desde Salt Lake...

—Hum... No sé si lo lograremos... Si su mujer le ha mandado a buscar... no sé si tendrá bastante fuerza de voluntad para no acudir a la llamada... Déjele...

—¿Necesita alguna otra información?—interrogó Lynn, volviendo a ser la mujer de negocios.

—Sí, tengo muchas cosas que decir todavía... Esta noche la invito a cenar, luego iremos al teatro y por fin a bailar un ratito... Oiga, señorita... soy un viajero que necesito ayuda... y usted no me la puede negar... — dijo Mack, mirando con ojos encandilados a la bellísima Lynn.

—Pero si tengo una cita.

—Espéreme a las ocho — replicó Mack, como si no hiciera caso del argumento de la muchacha.

—Imposible...

—Soy un niño perdido... un problema social... solo en la gran ciudad... sin que nadie me ampare ni nadie me oriente... — murmuró Mack embromando a Lynn—. Si usted tiene algún respeto a su oficina, o por lo menos al nombre de su oficina, debe atenderme... “La Ayuda del Viajero” no puede dejarme abandonado. La palabra imposible debiera estar abolida de to-

dos los diccionarios de todas las lenguas. ¡Imposible!... También decían que iba a ser imposible la construcción del nuevo puente y ya ve usted como estamos con las manos en la obra. Bien, hasta las ocho —dijo Mack y, sin añadir palabra, se alejó, dejando a Lynn un poco desconcertada.

Aquella misma noche, mientras Mack Hale sostenía en su despacho una viva discusión con unos agentes de la llamada “Asociación Protectora del Ramo de Construcción” que querían hacer un chantaje a costa de la empresa constructora del puente gigantesco, exigiendo una crecida cantidad mensual a fin de evitar disturbios entre los obreros, Lynn y Velma sostenían en su departamento esta breve conversación:

—¿Te acuerdas de ese cliente que ha ido a la oficina esta tarde? ¿Ese ingeniero del gran puente? ¿Ese llamado Mack Hale?—preguntó la rubia Velma, entornando los ojos con picardía.

—Sí — replicó Lynn, que se acordaba perfectamente de Mack, de Mack, aquel que le había dado hacía... (que importaban los años que de ello hiciera, si el recuerdo estaba aún tan presente)... que le había dado su primer beso de amor.

—Pues tengo el presentimiento de que no es la última vez que le veo... ¡Si vieras con qué ojos me miraba!... Y me ha pedido la dirección... ¡Yo conozco bien a los hombres, y estoy segura de que éste se ha quedado loco perdido por mí!... ¿No te lo estaba diciendo?—añadió al ver que la patrona entraba con un magnífico ramo de flores—. Ya ves que el chico trabaja de prisa... ¡Ya se ve que está acostumbrado a las obras de gran envergadura!

—Bonitas flores, es verdad — añadió Lynn, mirando aquel precioso ramo—. ¿No traen alguna tarjeta?

—Sí, aquí está, déjame que la lea—replicó Velma apresurándose a abrir el sobre sin ver a quién iba dirigido—. “Pedido especial urgente.— Esta noche a las ocho. —Mesa número 1 en el Hotel Regina.—Lynn Palmer urgentemente necesitada.—Firmado Mack Hale.”

La rubita dejó caer la tarjeta con un gesto de desaliento y miró a Lynn con asombro. ¿Cómo era posible que fuera para ella el ramo de flores y la cita?

—¿Irás? — preguntó Velma, viendo que Lynn no desplegaba los labios.

—No sé; tenía una cita con John

Wesley. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Yo?... Si me gustara el mu-

chacho nuevo, me iría con él—replicó Velma, sin pensar ni un minuto la réplica.

* * *

Lynn siguió, por aquella vez, el consejo de la coquetísima Velma. A las ocho en punto se encontraba sentada frente a la mesa número 1 del Hotel Regina, al lado de Mack Hale que se sentía orgulloso de llevar de compañera a aquella mujer bella como ninguna, de una esplendorosa belleza natural que contrastaba aún más con todas las bellezas artificiales que les rodeaban.

—Todo el mundo te mira y te admira — decía Mack con orgullo—. Creen que eres una diosa y, como yo voy contigo, bien puedo ser un dios o algo por el estilo... ¡Eh, muchacho!—gritó, llamando al botones—. Trae la caja de chokolatinas más bonita que encuentres para mi dama y toma esto para que le compres una a la tuya.

—Gracias, señor—replicó el chi-

co, loco de alegría—. ¡Con lo que le gustan a ella los dulces!

—Le gustan, ¿eh?... ¿Cuántos años tiene?

—Quince—replicó el botones.

—¡Quince años!—suspiró Mack, mirando a Lynn—. ¿Y la has besado alguna vez?—inquirió.

—Se hace lo que se puede—replicó el chico, un poco ruborizado.

—Pues... no esperes nueve años a besarla por segunda vez — dijo Lynn con profunda ironía.

—¡Nueve años!... Para entonces ya tendremos, por lo menos, siete hijos—contestó el chiquillo, echando a correr para que no le hicieran más preguntas.

—Ya ves; hay que aprender de la nueva generación — comentó Mack, profundamente—. Yo estoy entregado en cuerpo y alma a la

construcción del puente gigantesco y he puesto en él todo mi entusiasmo. Hace nueve años que trabajo en él... Y cuando lo habré terminado, seguiré siendo...

—Seguirás siendo Mack Hale—terminó Lynn, viendo que Mack dejaba en suspenso la frase.

—No, no quise decir esto, quise decir que seguiré siendo soltero...

—Y seguirás estando orgulloso de permanecer soltero.

—¡No!... Por primera vez en mi vida estoy arrepentido de ser soltero... Es ahora, esta noche, en este mismo momento, en que me doy cuenta de la idiotez de seguir soltero... Una infinidad de ideas me asaltan... y en todas ellas estás tú mezclada.

—Pero el puente está a la cabeza de todas estas ideas—arguyó Lynn.

—Hace nueve años que trabajo en él y, claro, no puedo dejarlo a un lado... Pero tú eres ahora el número uno de todas mis ideas. Oye-me, Lynn, en mi negocio, en mi trabajo, estoy acostumbrado a tomar rápidas determinaciones y siempre acierto. Quiero que tú tomes tu tiempo en determinar lo que piensas acerca de mí... Creo que en diez días podrías conseguir concretar tu pensamiento... Pero como no estás acostumbrada como yo a las deci-

siones rápidas, te concedo quince días.

—¡No tan aprisa, señor mío, no tan aprisa!... También yo tengo mi trabajo y también yo estoy encariñada con él.

—Es algo que no puedo comprender—murmuró Mack, como si pensara hondamente.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Ese trabajo tuyo. ¿Es que te gusta, o lo haces por el dinero que te proporciona?

—¡Dinero!... ¡Si sólo me proporciona gastos!... Yo vivo de mi renta... Trabajo porque me gusta ese trabajo.

—Bueno, no quiero discutir contigo acerca de esto. Pero tómame dos semanas de vacaciones y luego me dirás lo que has pensado de mí. Si te parezco bien, podemos llegar a un acuerdo, porque tú me pareces maravillosa.

—¿Te tomarás tú dos semanas de vacaciones para reflexionar sobre este asunto?

—¿Yo?... ¡No en mis días!... No necesito vacaciones ni puedo hacerlas mientras dure la construcción del puente.

—Tampoco yo necesito vacaciones... Y tampoco yo puedo abandonar a los que de mí necesitan—replicó Lynn, muy seriamente, tan se-

riamente que aquella seriedad hizo sonreír a Mack que se burlaba interiormente del trabajo de Lynn.

En aquel momento llegaba Velma con su amigo Jack. Venía la rubita dispuesta a coquetear con Mack por todo lo alto y quería que Jack bailara con Lynn para poderse quedar sola al lado de aquel cliente de mal genio que la había cautivado, y que la había cautivado mucho más con el gesto magnánimo de mandar aquel ramo de flores magníficas que, aunque no habían sido para ella, demostraban la esplendidez del galán.

Pero no le salieron a Velma los planes conforme ella los había trazado, porque Mack no gustaba de intromisiones intempestivas como aquélla y cuando Lynn le preguntó:

—¿Te importa que dé unas vueltas de baile con Jack?

Replicó él, poniéndose en pie y tomando a Lynn por la cintura:

—¡Claro que me importa! Si quieres bailar será conmigo con el que bailes, y con nadie más. ¡Estaríamos frescos que pudieras bailar con el primero que se presenta!...

Dieron unas vueltas de baile, muy pocas. Mack estaba impaciente por encontrarse a solas con Lynn y, conduciéndola hacia la puerta, casi a empujones, le dijo:

—Ahí está la puerta y vamos a salir inmediatamente con viento fresco.

—Pero si he dejado allá mi abrigo—arguyó Lynn, a la que divertía mucho aquel modo de proceder, un poco brusco, del muchacho.

—Ya te lo mandaré a buscar, pero ahora salimos de aquí. Vamos. El que manda soy yo.

Y como Lynn soltara una franca carcajada, añadió, poniéndose muy serio:

—Hace quince años el hombre que dibujó los planos atrevidos del puente gigantesco al que llamaba su "Puerta de Oro", tuvo que escuchar las risas de burla de todos sus contemporáneos... Y ya ves, el puente se está construyendo a pesar de todas las burlas.

—¡Oh, imagina tú qué bello sueño, soñar en arcos de acero y en vigas y en tuercas!... — murmuró ella, siempre burlona, empeñada en no tomarse en serio a aquel hombre.

—¡Oh, imagina tú qué bello sueño contemplar cómo se vuelve realidad todo lo que se ha soñado!— replicó él.

—Maravilloso—dijo Lynn, contemplando con una sola mirada las obras del puente hacia las que Mack le había conducido.

—Lo mismo que con el puente

voy a hacer contigo, chiquilla; pero yo sólo tendré que esperar dos semanas para ver convertido en realidad mi bello sueño. Hace nueve años, cuando te conocí, tuvieras o no tuvieras entonces los quince, elegí ya a una mujer bonita. ¿no es cierto? Y salí triunfador, puesto que tú misma has confesado que fuí yo quien te di el primer beso... Mañana, a esta misma hora, nos volveremos a encontrar.

—¡Oh, no, no, no puedo! Tengo trabajo — afirmó Lynn, sintiendo que la voluntad de Mack se tornaba demasiado dominante.

—De hoy en adelante tu empleo

queda relegado a segundo término. En primero estamos tú y yo. Hasta mañana.

No había réplica posible con aquel hombre que daba las órdenes como si estuviera entre toda la brigada de obreros que estaba bajo su mando. Lynn no contestó. Pero aquella noche tardó mucho en dormirse y, cuando se durmió, soñó en muchas, muchas cosas, pero soñó en cosas hechas de acero, en voluntades firmes, en órdenes dadas escuetamente, en un hombre que sabía andar y que sabía también vencer, aunque ella no quisiera, por el momento, confesarlo.

* * *

A la mañana siguiente estaba Lynn en su oficina "La Ayuda del Viajero", cuando entró uno de los empleados de la estación con un muchacho de diez y seis a diez y ocho años, diciendo:

—Tenga cuidado de este chico, señorita Palmer; creo que viene en busca de su padre, pero no tiene

grandes antecedentes para poderle encontrar. Usted verá cómo se las compone con él. Quítate la gorra, muchacho.

—Sí, señor — contestó, obedeciendo, el muchacho que tenía cara inteligente y en la mirada una viveza expresiva y simpática.

—¿Cómo te llamas? — le pre-

guntó Lynn, sonriéndole para que el chico tomara confianza.

—Jimmy... Perdón, quiero decir Jaime Rivers.

—Bien, Jimmy, ¿qué te ha pasado?

—Yo vivía con mi padre en Seattle y cuando murió mi mamá mi padre parece ser que se quedó sin trabajo y que no podía encontrar trabajo en nuestro pueblo y se marchó de allá pensando que en otra parte sería más afortunado. Yo me quedé con algunos amigos que cuidaban de mí, pero nada volví a saber de mi padre... y como esos amigos son todos pobres... y bastante trabajo tienen en sostener a sus propias familias... pensé que lo más natural era que yo me fuera a buscar a mi padre... y por eso he venido.

—¿Y no tienes la menor idea de dónde puede estar tu papá?—preguntó Lynn, interesada por aquel chiquillo que mostraba tener buenos sentimientos y que se le había hecho sumamente simpático.

—No, señorita; pero creo que yo podría encontrar trabajo y atender a mis propias necesidades. ¡Necesito yo tan poco para vivir!

—Me parece muy bien la idea; pero creo que al mismo tiempo que buscamos trabajo para ti podemos

buscar también el paradero de tu padre. ¿Me lo sabrías describir?

—Se llama Henry Rivers... Y aquí está su retrato... Era el retrato que mamá llevaba siempre con ella... Seguramente ahora ya no es mi padre como está en el retrato, pero quizá esto pueda ayudar... Es el único recuerdo que tengo de mi madre, señorita... Usted procurará no perdmelo... Aunque estoy seguro de que mamá no se enfadará si le doy a usted el retrato de papá, si es que esto puede ayudar a encontrarle...

—Jimmy, haremos cuanto esté en nuestra mano para hallar a tu padre. Mereces mi simpatía y tengo confianza en ti. Quizá también yo pueda encontrarte trabajo pronto.

—¿Trabajo? —inquirió el chico con un grito de júbilo—. ¿Podré trabajar y ganarme la vida y no ser una carga para nadie?

Estaba loco de contento. Lynn pensó en las obras del puente y pensó en la influencia que podía ejercer sobre Mack. Y mandó a Mack al muchachito para que le encontrara algo en que emplearle y pudiera ganar allá un sueldo que le permitiera atender a sus propias necesidades, conforme había manifestado el muchacho que era su deseo más ardiente.

Mack miró a aquel chiquillo de

arriba abajo y le preguntó, con el ceño fruncido y con aquella cara de pocos amigos que empleaba para tratar con sus obreros:

—¿Y qué sabes tú hacer?

—Cualquier cosa, señor—contestó Jimmy, muy decidido.

—¿Puedes acarrear estas vigas de acero?

—Lo probaré, señor; creo que sí—contestó Jimmy, poniendo manos a la obra y consiguiendo, gracias a su voluntad, hacer lo que se le pedía.

—¡Bravo, muchacho! Tienes lo mejor que puede tener un obrero: voluntad para el trabajo. Ven mañana por la mañana y comenzarás a prestar tus servicios... Bien entendido que no será acarrear vigas de acero, ¿eh? —añadió Mack, riendo ya con su risa franca, con la risa que empleaba para tratar a sus obreros cuando éstos respondían a sus esperanzas.

Cuando el chiquillo se hubo alejado, Mack cogió el teléfono y llamó a Lynn:

—Oye, tú, ¿por quién me has tomado? ¿Crees que soy una sucursal de "La Ayuda del Viajero"?... ¡Claro que le he dado un empleo! Pero que no sirva esto de precedente, ¿entiendes?

—Sí, señor—replicó la voz de Lynn a través del hilo—; compren-

do. Gracias por haberme mandado el abrigo... No, no, esta noche no puedo salir. Tengo que trabajar en el departamento de inmigración.

—¿Pero no tenías una cita conmigo?—preguntó Mack, descargando un puñetazo sobre la mesa que vibró en el micrófono.

—Tengo cita con algunos inmigrantes a los que debo atender. Adiós... ¡Oh, Mack, Mack, espera, espera, que creo voy a darte una sorpresa!—gritó Lynn.

Lynn tenía ante sus ojos nada menos que a Stan Janauscheck, ¡Stan Janauscheck, aquel al que tanto buscaba Mack el día anterior!

—Señor Stan Janauscheck—dijo Lynn, dirigiéndose al recién llegado—, Mr. Hale desea hablar con usted.

—¿El patrón?... ¿Conmigo? —inquirió el buen hombre, mirando con susto el aparato telefónico como si presintiera que a través de él iba a escuchar frases poco agradables.

Mack debía decirle cosas muy bonitas, porque el hombre, con los ojos agrandados por el espanto, sólo pudo murmurar:

—¡Oh, patrón, no debía usted decirme todas esas palabrotas delante de una dama!...—y colgando

el auricular preguntó a Lynn—: ¿Conoce usted al patrón?

—Sí.

—Quizá... quizá a usted le guste...—murmuró Janauscheck.

—Quizá —sonrió Lynn, con aquella sonrisa que desarmaba y que atraía.

—Pues... pues a mí también...—dijo Janauscheck, echando a correr para no decir todo lo que en aquel momento pensaba de Mack.

Lynn se quedó riendo, porque adivinó lo que pensaba aquel hombre y adivinó incluso las palabras, o, por lo menos, la fórmula en que las había dicho.

—Señorita Lynn —le interrumpió en sus pensamientos un nuevo visitante—. ¿Cómo va el trabajo de “La Ayuda del Viajero”?

—Muy bien, Dan —contestó Lynn, reconociendo al que le hablaba—. ¿Y el trabajo de la oficina de los desaparecidos?

—No mal del todo... Creo que he encontrado a un desaparecido que le interesa a usted, a ese Henry River, ¿recuerda?

—Sí, ¿le ha encontrado ya?

—No ha sido difícil; está en la cárcel. Le han sentenciado a siete meses de presidio por haber robado.

—¡Oh, no quiero dar esa noticia al muchacho! ¡Es tan simpático y tan servicial y tiene tan buenos

sentimientos!... No quiero hacerle este daño...

En aquel momento llegaba Jimmy que venía a comunicarle su gozo, su gran gozo:

—¡Señorita Lynn, mañana empiezo a trabajar en el puente!—exclamó, lanzando al aire su gorra en señal de contento.

—¡Magnífico, Jimmy, ya ves cómo todo sale bien!

—Sí, ahora ya sólo me falta encontrar a mi padre.

—Ya le hemos encontrado, Jimmy... Este señor le ha encontrado—dijo Lynn, mostrando a Dan y queriendo que éste la sacara del aprieto en que se encontraba.

—¿Y dónde está? —preguntó Jimmy, con impaciencia.

—Está... de fogonero en un barco que ha zarpado hace pocos días con rumbo a la América del Sur—dijo Dan, inventando repentinamente aquella piadosa mentira—. Tardará algunos meses en volver...

—¿Algunos meses? ¡Ah, bien, bien, ahora ya podemos ser felices! Los dos tenemos trabajo... y de aquí unos meses podremos reunirnos... y ya no pasaremos más hambre. ¡Bravo! Pero... señorita...—añadió, dando vueltas en su mano a la gorra que había recogido de nuevo en el aire—, ¿por qué se da usted tanto trabajo por personas a las que no

conoce? ¿Para sacar algún provecho?

—No, Jimmy; por lo menos no para sacar el provecho al que tú te refieres... Buena suerte.

—Buena suerte y gracias por todo. Nunca olvidaré lo que ha hecho usted por mí, y cuente siempre conmigo, para cuanto pueda yo serle útil.

* * *

Los agentes de la llamada “Asociación Protectora del Ramo de Construcción” no cejaban en su empeño. Querían sacar dinero de Mack Hale, porque la construcción del puente era la obra de más envergadura que se estaba llevando a cabo no sólo en la ciudad, sino en todo el Estado. Y había que explotar aquella mina que podía ser inagotable si sabían llevar a buen término las negociaciones. Se trataba de que Mack Hale suscribiera una póliza con la que, a cambio de unos miles de dólares mensuales, mantendrían el orden y la paz entre los obreros, evitando huelgas, exigencias, malavenencias, etc., etc. Mack Hale conocía bien esa clase de operaciones. En su construcción

no había quejas por parte de los obreros. Todos ganaban el jornal exacto y muchos ultrapasaban el jornal común a su ramo, porque Mr. Hale sabía ser justo y sabía recompensar a aquellos que se distinguían en el trabajo y en la buena voluntad de llevarlo a cabo.

—No quiero verles más en mi despacho—les dijo Hale la segunda vez que aquellos agentes fueron a molestarle con su pretensión—. Ya se lo dije desde el primer momento. Esta obra que estamos llevando a cabo es una obra en la que todos tenemos empeño, y por eso se ha formado como una sociedad en la que los obreros son tan socios como el director y como el ingeniero. Todos cobran lo que han de

cobrar y todos están contentos con su trabajo, hoy día en que hay tantos obreros parados. De modo que no se hagan ilusiones; no serán ustedes capaces de sembrar la cizaña entre mis obreros. Aquí no puede haber tumultos, estoy de ello tan seguro como de que no les elegirán a ustedes para Miss América. Y ahora, márchense, márchense antes de que les haga salir violentamente.

—Está bien. Usted saldrá perdiendo. Si antes de finalizar el mes no nos entrega la primera cantidad...

—¿Qué? —inquirió Mack, desafiando a aquellos cínicos.

—Se arrepentirá usted.

Mack Hale se encogió de hombros. Si aquellos hombres intentaban soliviantar a sus obreros él sabría impedir que el fuego se propagara.

La amenaza se cumplió, porque Mack Hale, como era muy natural, no entregó el dinero que los agentes le habían exigido. Pagados espléndidamente por aquellos agentes provocadores, algunos obreros fáciles al soborno comenzaron a sembrar la discordia, dando abundante bebida a los más débiles e infiltrando malas ideas en aquellos más propicios a recibir la mala simiente.

Mack Hale era el hombre de las decisiones rápidas. Había concedido a Lynn quince días para que tomara la determinación de casarse con él. Pero para él quince minutos le parecían largos para tomar una resolución, fuera de la categoría que fuese. Cuando llegó a la obra y comenzó a ver la situación en que se encontraban sus hombres, llamó a su segundo y le dijo:

—No quiero que se repitan estos espectáculos. Les he avisado esta mañana y me han prometido no volver a beber. Mírales cómo están todos, borrachos perdidos. En este estado no se puede trabajar.

—Sí, señor, pero es que los obreros dicen que... que no cobran bastante... Dicen que están descontentos...

—Que digan lo que quieran. El que diga algo queda despedido. Desde este momento quedan todos despedidos... ¿Lo has oído?

—Pero, señor... no todos tienen la culpa...

—Te he dicho que todos quedan despedidos. Se les alquiló en brigada y en brigada se les despide. Si no porqué se empeñan en hacer idioteces. ¡Ya encontraré yo hombres que les sustituyan! Y tenedlo todos bien entendido; en esta obra no hay más que un jefe, y éste soy yo... Y si no os gusta trabajar con-



—¿Qué hace usted mañana por la noche?



—Si quieres bailar será conmigo con el que bailes...



—¡Magnífico, Jimmy, ya ves como todo sale bien!



... aquellas cuatro mujeres que venían desorientadas...



— Tienes la boca más bonita que he visto en mi vida.



— Dime, Mack, ¿qué piensas de mí?



— Todo lo que quieren es hacerse ricos a costa de vuestra ingenuidad...



—... te comprendo y te quiero mucho más...

migo podéis buscar trabajo en otra parte en donde os paguen mejor que yo y en donde realicéis una obra como ésta, una obra que ha de ser la admiración de las generaciones venideras... Si no estáis contentos aquí... podéis ir a uno de esos Comités de señoras viejas que dicen ayudan a los obreros sin trabajo... ¿Lo habéis oído?... Y otra cosa más: cuando yo tengo razón, tengo razón; pero si no la tengo también me gusta que me lo digan. ¿Hay alguno que quiera sostener que no tengo razón?—inquirió Mack, que se había dirigido a todos sus obreros.

—Tiene usted toda la razón—replicó su segundo, creyendo interpretar el sentir de todos sus compañeros.

Mack salió de la obra y se dirigió a la oficina de Lynn Palmer, entrando en ella como si fuera en terreno conquistado. Le salió al encuentro Velma con su coquetería y sus monadas de niña que cree todo ha de ser solicitud para ella. Pero Mack Hale no se fijaba en la rubita. Estaba demasiado ciego por la morena, por aquella Lynn que lucía, sin darse ella cuenta, toda su espléndida belleza de mujer perfecta.

—Hola, ¿ya has acabado el trabajo?—preguntó Mack a Velma.

—Sí; y estoy contenta de haberlo acabado. Ahora podré ir a pasear con quien quiera venir conmigo—replicó Velma insinuante.

Pero Mack se había ya dirigido a Lynn.

—¿Qué tal, Lynn?

—¡Oh, Mack Hale! — exclamó Lynn, que no se había dado cuenta hasta aquel momento de la presencia del muchacho—. ¿Cómo has venido?

—Paseando... Ya sabes que estás citada conmigo para esta noche.

—No, Mack, esta noche tengo trabajo. Si quieres, aguárdame en la sala de espera.

—Tenemos una cita tú y yo, y no me moveré de aquí... Oye, ¿qué hace ahí ese hombre? — preguntó, señalando a un hombre que hablaba con algunos viajeros y al que reconoció como a uno de los agentes de la "Asociación Protectora del Ramo de Construcción"—. ¿Por qué habla con esa gente?

—¡Oh, es un gran hombre!... Es el amigo de los inmigrantes. Es él quien les deja dinero y quien les ayuda en sus primeros pasos por el país desconocido al que llegan en busca de amparo.

—¡Muy bonito!... ¡Muy bonito! Pero yo te digo que ese tío es un sinvergüenza y que está estafando a toda esa gente.

—Mack, no tienes derecho a hablar así de un hombre que sólo desea hacer bien a la humanidad.

—Mira, Lynn, si no fueras tan ingenua te daba ahora mismo un par de sopapos... Algún día te contaré lo que ese "angelito" ha querido hacer en las obras del puente...

—Bueno, bueno, no te enfades... y espérame ahí fuera... Tengo mucho trabajo.

—Bien, te esperaré — replicó Mack que estaba dispuesto a tener un poco de paciencia por primera vez en su vida.

Lynn se dirigió a una dama que acababa de entrar y le preguntó:

—¿Han llegado ya las novias?

—Sí; son cuatro; vienen a reunirse con sus maridos; se han casado por poderes y ninguna de ellas sabe hablar el inglés.

—Vamos a su encuentro. Verás qué bien nos entendemos con ellas.

Lynn lo había dicho muy rápidamente, pero no era tan fácil, no, entenderse con aquellas cuatro mujeres que venían desorientadas, fatigadas por el viaje, aturdidas por el desconocimiento del idioma y que no sabían si tenían que ir a la izquierda o a la derecha, dejar el equipaje o recogerlo. Lynn se lo decía todo por señas, pero no siempre eran lo bastante expresivas para que aquellas cuatro mujeres pudieran comprenderla. Tuvo que

desplegar toda su actividad y toda su buena voluntad de mujer dedicada por entero al bien de los demás, para poner orden y para conseguir que la siguieran hasta la casa que se les había destinado para hospedarlas aquella noche.

—¡Uf, qué día!—exclamó Velma, llevándose las manos a la cabeza cuando se hubo conseguido un momento de silencio en la algarrabía de voces extranjeras de aquellas cuatro mujeres que parecían multiplicarse para hablar más y más en un idioma desconocido.

—¿Pero es que Lynn se ha propuesto poner tienda de perritos?—preguntó Mack, desesperado, al verse desatendido por Lynn y al verla dedicada por entero a aquellas cuatro novias que armaban más ruido que una perrera en plena revolución canina.

—Encuentro estúpido, completamente estúpido, este trabajo—comentó Velma, para congraciarse con Mack.

—Pues no sé porqué no te vas de él del mismo modo que entraste; nadie te pedía vela en este entierro — le replicó Mack, con aquella brusca franqueza de la que hacía alarde delante de la gente que no le era simpática.

—Mack—le dijo Lynn, que en aquel momento pasaba a su lado

precediendo a las cuatro extranjeras—, voy a llevarlas hasta la alcaldía para inscribirlas en el registro matrimonial. Quizá sería mejor que te marcharas y ya nos veremos otro día.

—Yo tengo ahí mi coche que está esperando—dijo Velma—; si Mack quiere le acompañaré hasta su casa... Claro, si tú no tienes inconveniente, Lynn.

—¿Yo?... No, no, ninguno—replicó Lynn, precipitada porque sus cuatro protegidas se le iban de un lado a otro y tuvo que correr a ponerlas en orden y a hacerlas seguir a todas el mismo camino.

—Bien, Mack, ¿quiere venirse conmigo? — preguntó Velma, mirando con mirada provocativa al ingeniero.

—¡Oh, no, no quiero estorbar tus planes! — replicó Mack, corriendo tras Lynn y cogiéndola por un brazo la detuvo bruscamente mientras le decía, olvidado ya de la coquetísima rubita—: ¿Crees que he estado esperando más de una hora para dejarte marchar? ¡No en mis días! Tenemos una cita y te vienes ahora mismo conmigo... aunque sea seguida de tus cuatro novias.

Y la empujó con fuerza y la obligó a meterse en el auto que estaba aguardando en la puerta.

—Vuelvo en seguida — gritó Lynn desde la ventanilla.

En efecto, no tardó en volver. Nadie supo jamás cómo se las había arreglado para convencer a Mack Hale. El caso es que volvió y atendió en un momento a varios clientes que la estaban esperando, sin dejar por ello de atender a las novias a las que había logrado convencer de que no se apartaran de su lado para que no fueran a perderse por la ciudad y luego no pudieran encontrar a sus maridos.

—¿Es usted Miss Rand?—preguntó a una jovencita que tenía la cara un tanto demacrada y los grandes ojos surcados de profundas ojeras.

—Sí, señorita — replicó la querida, admirada de oírse llamar por su nombre.

—Soy de la oficina "La Ayuda del Viajero".

—No necesito ayuda de nadie—contestó la joven, como si le asustara la idea de que alguien se inmiscuyera en sus asuntos.

—Queremos ayudarla. La trasladaremos al Hospital para que pueda allí tener a su hijo en debidas condiciones. Siéntese, no se fatigue. Dentro de un momento la llevaremos allá.

—¿Una nueva clienta? — preguntó Mack, que sentía crecer su

mal humor ante el cúmulo de trabajo que pesaba sobre Lynn.

—Sí; es Mary Rand...

—No me importa quien sea. Tenemos una cita tú y yo y me estás fastidiando con toda tu clientela. Esto es una locura, una farsa continua. ¿Qué harás con todos los demás?

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué vas a hacer con los centenares de mujeres que te están esperando, que necesitan de tu ayuda, que no pueden vivir sin ti? ¿Las vas a dejar solitas, como los gallegos del cuento? ¿O quieres que alquilemos un autobús o una recua de autobuses y nos vayamos todos de excursión?

—¡Oh, Mack, por favor, déjame en paz!... Más tarde te atenderé... A ver, comunicación con la Maternidad... Sí, aquí "La Ayuda del Viajero"... Necesito inmediatamente cama para una pensionista... Está bien... Ahora mismo irá para allá...

—¿Qué amable es usted y qué bien se está aquí!—exclamó la jovencita que estaba esperando con sus grandes ojos asustados.

—Sí, muy bien; su hermana de usted me escribió recomendándomela y estará muy contenta cuando sepa que ha llegado usted bien—dijo Lynn.

—Pero... ¿usted conoce a mi hermana? ¡Oh, pero no deben saber, no pueden saber que yo!... No me dejaron casar con él... y nos fuimos... Pero prefiero matarme antes que confesar la verdad a mi familia...

—Pero si su familia lo sabe ya todo... El médico se lo dijo... Y no la acusan a usted, criatura, porque está esperando un hijo... No es usted la primera muchacha a la que le ha ocurrido una cosa semejante... Su familia la sigue queriendo como siempre.

—Pero en el pueblo sabrán que yo... —murmuró la chiquilla, cubriéndose el rostro con las manos como si quisiera ocultar su vergüenza.

—En el pueblo sabrán que se casó usted, que tuvo usted un hijito y que su marido murió... Esta es la historia que se les contará a su debido tiempo... Si usted no quiere no le diré a su hermana dónde está usted; sólo le escribiré que la he visto y que ha llegado usted sin novedad... No tenga usted miedo... Aquí la cuidaremos bien... Vaya a la Maternidad sin cuidado y, si me necesita, llámeme; estoy siempre a su disposición.

La muchacha se fué con el corazón lleno de agradecimiento y los ojos anegados en lágrimas.

Aquellas lágrimas eran una de las mejores recompensas recibidas por Lynn en aquel día de intenso trabajar. Eran lágrimas de agradecimiento y a Lynn le bastaba para sentirse bien pagada comprobar que había podido ser realmente útil a un prójimo.

Cuando la muchachita hubo salido, Lynn se disponía a salir también, pero Mack que la había esperado en la sala vecina, se dirigió a su encuentro.

—No estás sola, Lynn; yo te espero todavía. ¡La noche está tan hermosa y yo tengo tanto hambre!...

—Mack, tendrás que esperarte unos minutos más todavía... Tengo que dejar listas a estas cuatro mujeres. Acaban de llegar los maridos y hay que llenar los últimos requisitos. Luego iré contigo y si quieres nos comeremos nuestras propias cabezas. Vamos, vamos, todas en fila. ¿Cuál es tu marido? ¿Este? Guapo mozo. Anda, de prisa.

—Lynn, si de aquí a tres minutos no has terminado con toda esa algarabía soy capaz de arrastrarte por el pelo.

—Pero ten paciencia, hombre. Quiero felicitar a los nuevos matrimonios.

—¡Si no entenderán ni una sola palabra de lo que les digas!...

¿Para qué perder el tiempo?

Lynn siguió haciendo sus gestiones, sin dar importancia a la impaciencia de Mack. Por fin—el que sabe esperar siempre consigue algo—Lynn terminó su tarea y pudieron salir juntos, cogidos del brazo, como dos colegiales felices, y caminar en la calma de la noche charlando de sus cosas y mirándose a los ojos con miradas tan expresivas que bien pudieran ellas solas sustituir las palabras más elocuentes. Lynn subió un momento a su casa a cambiarse de traje. Luego se encaminaron a un restaurant. Mack tenía hambre, un hambre canina, porque no había tomado nada desde el mediodía ¡y era ya casi media noche!

Al sentarse ante la mesa Mack comenzó a buscar en todas direcciones, miró debajo la mesa, levantó los manteles, rebuscó por todos los rincones.

—¿Se le ha perdido algo al señor?—inquirió el camarero, inquieto por aquella búsqueda del cliente.

—No... Miraba a ver si había por aquí algún inmigrante al que atender... —replicó Mack.

Lynn soltó la carcajada y el camarero se retiró, porque no había entendido la broma.

—¡Ah, por fin estamos tranqui-

los!—suspiró Mack con un hondo suspiro de satisfacción—. ¿Siempre es igual tu vida? ¿Siempre estás zambullida en esa loca agitación?

—No siempre. Depende de la llegada de viajeros. No todos los días hay que atender a cuatro novias que vienen a reunirse con sus maridos... — rió Lynn.

—¿Te gusta zambullirte en ese barro asqueroso? — interrogó Mack, que no comprendía la vocación de Lynn.

—Las necesidades de nuestros prójimos no son barro asqueroso—replicó Lynn ofendida por el tono despectivo de las palabras de Mack.

—¿Pero qué sacas desplegando en vano toda esa actividad? ¿Qué puedes hacer por esas gentes repugnantes que llegan a montones a perderse en el piélago de la ciudad? El ser humano no es material de fácil manejo. Los que se dirigen a ti lo hacen por egoísmo y por ignorancia. Si tuvieran algo dentro de la cabeza no necesitarían ayuda de nadie. No merece la pena tomarse tanta pena por esas gentes.

—Yo sólo me preocupo de las gentes que necesitan ayuda, y no miro quién son, ni de dónde vienen, ni qué clase de vida llevan, ni si son seres despreciables o no; sé

que necesitan ayuda y eso me basta para lanzarme a ayudarles con todo mi entusiasmo. Y siempre creo que las gentes a las que yo ayudo son distintas de esas gentes que tú me describes, que no son egoístas, que saben apreciar lo que por ellas se hace... Y esto me basta para mi propia satisfacción... No todo consiste en edificar con acero y hierro puentes gigantescos... También se puede construir una sociedad mejor y más justa desplegando nuestra actividad para hacer el bien a nuestros semejantes—dijo Lynn con vehemencia y entusiasmo.

—Estás loca. Lo único que haces es perder el tiempo. Hay que trabajar para ganar dinero y para dejar tras sí una obra imperecedera, como hago yo. Lo tuyo es una estupidez. Y en cuanto acabemos de cenar te voy a coger y te voy a llevar al extremo más lejano del lago donde ningún inmigrante ni el más asiduo cliente de "La Ayuda del Viajero" pueda dar contigo.

Mack y Lynn tomaron una lancha. La noche era clara y serena. Las aguas del lago eran como un espejo que reflejara en él los chispazos de luz de las estrellas y que, al ser movidas por los remos de la barca, se rompían en millares de luces más, convirtiendo las aguas

quietas y obscuras en una visión fantasmagórica.

—¿Nadie podrá molestarnos?—preguntó Mack a grandes voces, dirigiéndose al barquero que se había quedado en la orilla.

—No, señor. Hasta las dos pueden estar tranquilos... Mejor dicho, tratándose de la señorita Palmer les doy tiempo hasta las tres... ¿No me recuerda usted, señorita? Llegué a esta ciudad pobre y harapiento y usted me ayudó y me dió este empleo en el que me gano muy bien la vida... ¡Qué Dios la bendiga, señorita Palmer, y a la compañía también! — replicó el hombre, despidiendo a la feliz pareja con una sonrisa dichosa.

Mack remaba y cantaba al mismo tiempo. Se sentía en el mejor de los mundos. Estaba, al fin, solo, completamente solo al lado de la mujer a la que amaba y, aunque no sabía decirle bellas frases románticas—estaba sólo acostumbrado a dar órdenes escuetas y a tra-

bajar con acero indomable—sentía muy íntimamente todo el romanticismo del momento.

—¡Al fin solos!—exclamó, repitiendo aquella frase trivial que había sido repetida por millares de labios antes de que los suyos la pronunciaran—. ¡Al fin solos, sin que nadie pueda venir a!...

Una voz bronca, un vozarrón que cortaba el silencio de la noche, vino a interrumpirles. Era el barquero que hablaba a través del megáfono:

—Llaman a la señorita Palmer... Llaman a la señorita Palmer... De "La Ayuda del Viajero".

Mack dijo algunas palabrotas gruesas, puso el gesto avinagrado y bogó con furia hacia la orilla, porque no había medio de resistir a la llamada insistente y porque se había convencido de que era inútil estar más de diez minutos seguidos al lado de Lynn sin que nadie viniera a interrumpirles.

* * *

—La construcción gigante de nuestro puente—decía Mack, dirigiéndose a Lynn unos días después de las escenas que acaban de ser descritas—resulta un juego de niños comparado con la dificultad de conseguirte a ti para mi solo.

—Mira, espera un momento que me empolve la punta de la nariz y estoy para ti solo dentro un segundo.

—¡Ah, si sólo se tratara de la borla de los polvos, Lynn! A esa no la considero una enemiga... ¡Pero a todas esas gentes que absorben tu vida, sí!... Dime, ¿no hay miedo de que esta noche suene el teléfono y venga a interrumpir nuestra conversación?

—Sólo una persona puede llamar.

—Pues esta sobra... Lynn, no me gusta verte tan fatigada—murmuró Mack, acercándose a ella—. Si yo fuera un caballero me iría a casa y te dejaría en paz.

—¿Pero no eres un caballero?

—No, claro que no; soy un trabajador. ¿Te importa?

—Seas lo que seas, me gustas, Mack—replicó Lynn con acento mimoso, apoyándose en Mack con dulzura.

—También tú a mí me gustas con locura, Lynn... Escucha, ¿estás muy entusiasmada con ese trabajo tuyo que te acarrea tantas preocupaciones y que no te deja un momento de libertad?

—¿A ti qué te parece, que me gusta o no?

—Sí, que te gusta, ya lo sé; me lo has dicho muchas veces—contestó Mack con tristeza.

—Y tú no puedes comprender esto...

—No; no siento simpatía por ese trabajo que nada produce. Este es mi punto de vista.

—¿Cómo puedes pensar así? ¿Crees que nada produce el hacer bien a la humanidad?

—La gente que necesita ayuda de los otros, que no sabe bastarse a sí misma, no merece ser tenida en consideración.

—¡Qué locura!... Si tú te cayeras de lo alto del puente y te rompieras una pierna, necesitarías a un médico para que te la curara, ¿no? ¿Y por necesitar la ayuda de otro te sentirías humillado? Según tu teoría te tendríamos que dejar morir de dolor y de rabia en un rincón...

—Tienes la boca más bonita que he visto en mi vida—dijo Mack, que parecía estar escuchando atentamente las palabras de Lynn y que lo que hacía era embriagarse en la contemplación de aquellos labios jugosos y tentadores.

—Gracias; pero, ¿qué tiene que ver esto con lo que estábamos argumentando?

—Nada; pero pienso que es una boca que está pidiendo besos y yo quiero dárselos, quiero llenarla con mis besos; quiero hacerla sentir la dulzura del amor... ¡Oh, ya sabía yo que el teléfono vendría a fastidiar!—dijo Mack con desaliento, sintiendo interrumpida su inspiración por el timbre del teléfono que sonaba insistentemente.

—Es para ti, Mack — añadió Lynn que había contestado a la llama-

mada entregando a Mack el auricular.

—¡Pero si nadie sabe que estoy aquí!

—Ya ves que hay alguien que lo sabe desde el momento que te llaman.

Le llamaban desde las oficinas del puente en contrucción. De nuevo habían ido allí los agentes de la "Asociación Protectora del Ramo de Construcción" y querían hablar urgentemente con Mack Hale para ofrecerle una última oportunidad. Querían dinero a toda costa, sino provocarían la ruina del puente sobornando a los obreros y logrando entre ellos huelgas y disturbios.

Comprendió Lynn, por las réplicas que daba Mack, que se trataba de algo de gravedad y de importancia y le preguntó cuando éste hubo terminado su conversación telefónica:

—¿Qué ocurre?

—Esas gentes... esas gentes que están empeñadas en crearme dificultades... Es preciso que me vaya inmediatamente.

—Yo voy contigo—dijo ella, resuelta, queriendo ayudarle en los momentos difíciles.

—Tú te quedas aquí. Para estas cosas me basto yo solo. Todo lo más que puedes hacer es mandar una ambulancia. Seguramente

tendrán que llevar a alguien con urgencia al Hospital—replicó Mack con aquella altivez de hombre que está acostumbrado a vencerlo todo y que sabe que nada ni nadie puede resistir a su voluntad inquebrantable.

Marchó rápidamente a su oficina y se encaró con Sharkey, el jefe de la banda.

—¿Deseaba verme? — le preguntó, sin saludarle.

—Sí; venimos a ofrecerle una última oportunidad: o nos da usted el dinero que exigimos o lanzamos el fuego entre los obreros.

Mack Hale no estaba acostumbrado a que le trataran en aquella forma. La discusión se hizo violenta, agria, atroz; de las palabras se pasaron a los hechos; los dos hombres se lanzaron uno contra el otro en un violento ataque y Sharkey, sacando rápidamente una navaja, hirió en el brazo a Mack Hale. La vista de la sangre que manaba de la herida puso en fuga a los chantajistas en el momento preciso que llegaba Lynn y corría a Mack preguntándole angustiada y dolida al verle en aquel lamentable estado:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué tienes?

—Nada, nada, nena; no ha sido nada; ese bruto de Sharkey que me

ha querido hincar su navaja... Pero no es nada.

—Voy a llamar a la policía.

—No, espera. Esto ha sido únicamente un reto. Sharkey volverá; lo que quiere es dinero o acabar conmigo de una vez para ocupar él mi lugar. Quedémonos aquí. Mis hombres vigilarán. No tengas miedo.

—Pero hay que avisar a un médico... Pronto, pronto, que venga un médico—dijo Lynn, viendo la mortal palidez que cubría el rostro de Mack.

No fué más que un ligero desvanecimiento. Cuando el médico llegó, Mack Hale dormía plácidamente, velado por Lynn que espía-ba sus más pequeños movimientos, como si temiera perderle para siempre.

—¿No cree que sería mejor llevarle al Hospital?—inquirió Lynn después que el doctor hubo examinado la herida, sin despertar al enfermo.

—No, creo que es mejor dejarle dormir. La herida no tiene importancia y con el sueño recuperará las fuerzas que ha perdido con la pérdida de sangre. Si la navaja se desliza un milímetro más a la derecha, la herida hubiera podido ser fatal. Ahora creo que con el descanso mañana estará ya repues-

to. Aplíquele estas compresas durante la noche y yo vendré de nuevo mañana por la mañana.

—Está bien, doctor; se hará todo como usted ordena.

Lynn se quedó a la cabecera del enfermo. Le cuidaba con una actividad y un cariño casi maternos. Le contemplaba dormir y en sus grandes ojos, velados por una melancolía que jamás había asomado a ellos, se reflejaba la angustia de aquellas horas en que velaba el sueño de un ser querido expuesto a grave peligro. Lynn se había enamorado locamente de aquel hombre acostumbrado a vencer dificultades y a imponer la suya a todo el mundo bruscamente, pero firmemente.

A la madrugada el enfermo abrió los ojos y se quedó mirando un rato a Lynn, como si quisiera averiguar lo que había pasado para que ella estuviera allí, a su lado, a aquellas horas.

—¡Oh, querido!—exclamó Lynn inclinándose hacia él—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, por ahora me parece que no me he muerto todavía. ¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana.

—¡Las tres! Necesitas ir a descansar. Ve, ve a dormir; me siento mucho mejor.

—¿De veras?

—De veras; y si necesito algo prometo llamarte. Quiero saber qué has descansado unas horas. No puedes pasarte así la noche.

—Bien, entonces hasta luego. Que descanses.

—Que descanses, mi vida—contestó Mack al que la enfermedad, o mejor dicho, la herida parecía haber humanizado.

Lynn durmió tres o cuatro horas y se levantó sobresaltada pensando que había permanecido demasiado tiempo lejos de su querido enfermo, corriendo a la habitación de Mack para informarse por sus propios ojos del estado de su gran amigo.

—Buenos días, querido. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente, mi querida enfermera. Y tú, ¿has dormido?

—Sí.

—Pues tu paciente se impacienta y tiene un hambre atroz. ¿Qué me das para almorzar?

—Unos huevos. ¿Cuántos quieres? — inquirió Lynn dispuesta a hacer de cocinera para que Mack no tuviera que preocuparse de nada.

—Cinco o seis, si te parece bien.

—Creo que con tres tendrás bastante. No olvides que estás enfermo.

—¡Qué enfermo ni qué!—Iba

a soltar uno de sus tacos favoritos, pero se contuvo y sonriendo con la más expresiva de sus sonrisas, añadió: Ya no soy un paciente, sino un novio que se impacienta por llevarte al altar y hacer una sola de nuestras dos vidas. ¿Qué te parece la frasecita? Luego dirán que los obreros no sabemos hablar...

—¿Quieres saber una cosa? —preguntó Lynn riéndose con todas sus ganas al ver de tan buen humor a su muy amado—. Pues en este momento no eres nada más que un hombre que no tiene camisa. ¿No te has fijado que estás sin camisa? Te la tuve que sacar porque estaba manchada por completo, y te la he lavado y te la he planchado y aquí está a punto para que te la pongas.

—Magnífico. Este es tu último examen de ama de casa y te doy sobresaliente. Nos encontraremos hoy a la una en la oficina matrimonial.

—¡Oh, no, a la una no puede ser! Tengo trabajo en "La Ayuda del Viajero".

—¡Déjame en paz con tu "Ayuda del Viajero". Eso se ha acabado ya. Desde la noche pasada no quiero ya sufrir las impertinencias de un trabajo como el tuyo. Ten en cuenta que ahora no serás más que la esposa de un ingeniero...

—Y tú ten en cuenta que aun estás sin camisa... Vamos, no seas chiquillo y ponte la camisa. El almuerzo estará listo dentro de unos minutos, a no ser que quieras que los huevos hiervan hasta quedar templados como tus vigas de acero...

Mack se vistió mientras Lynn preparaba el desayuno. Se sentaron ante la mesa y comenzaron a comer con apetito.

—¡Mi vida, qué bonito se ve todo a través del amor! ¿No te parece encantador este momento, tú y yo solos ante un almuerzo succulento preparado por tus manos divinas? ¡Oh, te quiero, te quiero tanto!— exclamó Mack, en uno de aquellos raptos de entusiasmo que le ponían romántico.

—También yo te quiero mucho, Mack, mucho más de lo que te imaginas.

—¿Cuándo nos casaremos?

—Bien... Necesito primero mis dos semanas de vacaciones para reflexionar—replicó Lynn vagamente.

—No, hoy mismo dejarás ese trabajo que te absorbe por completo.

—¿Dejarás tú tu trabajo hoy mismo?

—¡No compares mi trabajo con el tuyo! Yo no puedo abandonar mi puesto. Y te he suplicado que

te acostumbres a pensar en nosotros primero, y luego en el trabajo...

—Yo siempre pienso en ti primero, Mack; pero no puedo dejar mi trabajo que me gusta y que es una parte de mi personalidad. Mack, me gustas y te quiero, pero quisiera que me dejaras un tanto por ciento de libertad... para poder seguir en mi trabajo... como tú seguirás en el tuyo —murmuró Lynn, que no podía decidirse a dejar aquello que hacía por verdadera vocación y que era parte integrante de su vida.

—Bien, lo que quieres decir es que te gusta tu trabajo y que yo no te importo un comino —dijo Mack, ofendido.

—Me importas y te quiero—afirmó Lynn.

—Pues si me quieres, bastante trabajo tendrás conmigo, querida... Te necesitare toda entera para mí solo cuando yo llegue a casa después de mi jornada de trabajo, ¿comprendes? Además reflexiona un momento, qué clase de vida sería la nuestra si una noche yo tuviera trabajo en mi oficina y a la noche siguiente fueras tú la que estuvieras ocupada en la tuya y a la otra noche fuéramos los dos los que tuviéramos trabajo fuera de casa... Lynn, yo te prometo que tendrás

todo lo que puedas desear, que nada te faltará, pero te ruego que dejes ese trabajo loco al que has dedicado lo mejor de tu vida y que no te ha servido para nada.

—Mack, no me gusta que hables así de mi trabajo. Esto, precisamente, es lo que más nos separa; nuestra diferencia de ideología; tú crees que sólo se puede construir con piedra y acero; yo creo que se puede construir también haciendo bien a la humanidad y considerando a nuestros semejantes como esto, como verdaderos semejantes nuestros y hacer por ellos lo mismo que haríamos por nosotros mismos si nos fuera dado hacerlo.

—¿Pero tú llamas prójimos a todas esas gentes que acuden a tu oficina?—interrogó Mack, con desdén—. Todos ellos han podido andar solos por la vida y no han sabido hacerlo y el que no sabe andar solo no merece protección de nadie. Has perdido miserablemente todas las horas que les has dedicado, porque ninguno de ellos habrá sacado provecho de tu ayuda.

Lynn se levantó enojada. Aquellas palabras la habían herido. No pensaban los dos igual respecto a la vida. Para Mack no existía más que la materia dura, la materia prima de la construcción, la materia que podía producir obras impe-

recederas y que podía dar una ganancia positiva al trabajador que sabía dominarla. Para Lynn había algo más en la vida: había los hombres, la humanidad necesitada, la humanidad que no puede marchar sola por el mundo y que necesita una mano amiga que la guíe o que la empuje, que le señale el camino que ha de seguir o que le abra las puertas por donde ha de pasar. La diferencia de ideas impediría a aquellos dos seres el comprenderse, aunque se amaban; y el amor sin la comprensión era una locura por la que Lynn no quería pasar.

—Me voy—dijo Lynn, en un to-

no seco que no admitía réplica—. Me voy. Puedes comer solo, si quieres. Ya no necesitas de mí y yo tengo mucho trabajo. Adiós.

Mack la miró, comprendiendo bien lo que ella quería decir.

—Está bien—replicó con un dejo de amargura, pero sin querer ser dominado por la emoción—. Me parece que este adiós es un adiós definitivo...

—Eso es lo que creo — añadió Lynn, con firmeza.

—No era este el final que esperaba, Lynn; pero puesto que tú lo quieres... que sea como tú lo desas.

* * *

En las obras del puente las cosas marchaban de mal en peor. Sharkey, el agente que no había podido obtener dinero de Mack, aquel hombre que odiaba a Mack y que había atentado contra él, Sharkey el odioso, el intrigante, el perverso, iba sembrando la cizaña entre los

obreros e iba tendiendo lentamente las redes en las que Mack habría de encontrarse más tarde cogido tan fuertemente que ya nada ni nadie le pudieran librar de ellas. Sharkey quería la ruina de Mack. Mack le había tratado con dureza y se había resistido a ceder a los

planes que él tenía trazados y Sharkey quería vengarse de Mack con una venganza cierta y definitiva.

Daba Sharkey dinero a los obreros de más fácil soborno; a otros les invitaba a beber; logró poner al servicio de Mack a agentes especiales encargados de fomentar el descontento entre los demás obreros, hablando un día y otro y otro, con esa constancia que es la única en producir un efecto seguro, de la escasez del jornal, del exceso de trabajo, de la necesidad de plantear una huelga, de la falta de tomar a otro jefe que no fuera Mack, etc., etc. Era con paciencia como Sharkey quería llegar a su fin, y Sharkey sabía bien que la gota de agua que cae uno y otro día pacientemente sobre una roca acaba perforándola y que la palabra pronunciada a su debido tiempo un día y otro a los oídos propicios, acaba penetrando bien en el espíritu y consiguiendo su obra.

Mack, al llegar aquel día a la obra, se encontró con una serie de obreros en estado de completa embriaguez. Aquello le llenó de furia. Quería que sus obreros acudieran al trabajo con el cerebro claro. No podía dejar que el puente fuera construido por hombres que estuvieran bajo la influencia de cualquier vicio, porque la construc-

ción del puente, construcción atrevida y gigantesca de ingeniería moderna, requería obreros expertos y consolidados en su experiencia por una perfecta seriedad en el trabajo. Gritó Mack con toda su furia, llamó al encargado de las brigadas y le preguntó cómo y por qué aquellos hombres habían entrado al trabajo en aquel estado.

No supo el hombre contestar acertadamente a las preguntas que Mack le dirigía. Estaba vendido a Sharkey y se escapó con subterfugios que no convencieron a Mack, el hombre de la voluntad de hierro, que gritó cada vez más furioso:

—Está bien; si no podéis explicármelo quedáis todos despedidos. Ya encontraré nuevas brigadas que sepan cumplir con su obligación. ¡Todos despedidos, todos!

El primero en recibir la noticia del despido fué Jimmy, aquel muchachito al que había colocado en las obras del puente la piedad de Lynn y que se sentía dichoso porque podía trabajar y porque podía atender a sus gastos personales y porque creía que su padre también trabajaba allá, por los mares del sur, en un barco carbonero. Jimmy no comprendió lo que el capataz le decía. Sólo entendía que era el momento de acudir de nuevo a la señorita de la "escarapela", a la se-

ñorita que había sido tan buena con él, a la señorita que había averiguado el paradero de su padre y que le había proporcionado aquel trabajo. Ella haría que de nuevo volvieran a tomarle ya que sobre su conciencia no había ninguna mancha que pudiera acusarle.

Y Jimmy corrió a la oficina de Lynn Palmer, mientras en el puente ocurrían graves, muy graves sucesos.

Ya habían acudido a la oficina de miss Palmer otras personas para tratar de aquella cuestión. Conocían a Lynn Palmer muchas de las mujeres de los obreros que trabajaban en el puente, porque Lynn las había ayudado en muchas ocasiones y tenían motivos sobrados para esperar que ella, de nuevo, las ayudara ahora que se encontraban en el grave conflicto de una insubordinación entre las brigadas de trabajo del gran puente. Lynn escuchó a las que a ella acudían, pero no quería inmiscuirse en los asuntos de Mack después del rompimiento que había habido entre ellos.

—No puedo, no puedo—les decía—, por esta vez nada puedo hacer por ustedes.

—Pero usted ha de ayudarnos. No puede consentir en que se despida a nuestros hombres. Vivimos

centenares de familias del trabajo del puente. ¡Y piense en que habíamos estado muchos, muchos meses sin trabajo, sin saber que dar de comer a nuestros hijos! ¡No podemos volver a aquellos tiempos, ahora que tenemos el pan asegurado! ¡Ayúdenos, señorita Palmes, ayúdenos!... Los obreros del puente van a tener una reunión. Quieres destituir a Mack Hale. Nosotras sabemos que entre los obreros no había discordias, que todos estaban contentos, que Mr. Hale pagaba los jornales honradamente y según las tarifas establecidas, que no hubieran surgido dificultades si alguien no estuviera empeñado en hacerlas surgir. ¡Ayúdenos, ayúdenos!

—Lo siento mucho—volvió a decir Lynn que había escuchado con angustia las frases de aquellas pobres mujeres que estaban desesperadas ante la perspectiva de volverse a quedar en estado de paro forzoso. —Lo siento, pero nada puedo hacer; este asunto está fuera de mi jurisdicción particular. Tendrán que acudir a las autoridades, a quien pueda hacer algo por ustedes. Yo nada puedo...

Jimmy, entre tanto, antes de ir a ver a Lynn Palmer hacia cuyo despacho había corrido precipitadamente, pensando mejor lo que le convenía hacer, fué a hablar direc-

tamente a Mack Hale, después de haber paseado entre los obreros y haber escuchado muchas conversaciones que le parecieron lo suficientemente elocuentes para poner en claro muchas cosas que al muchacho le habían parecido obscuras al principio. Jimmy había visto como uno de los obreros del puente había caído desde una altura inconmensurable al fondo de las aguas en las que había encontrado la muerte. ¿Cómo había caído aquel hombre? ¿Quién era el culpable de aquella muerte que se quería atribuir a Mack Hale? Jimmy había sorprendido entre Sharkey y otro obrero del puente la siguiente conversación:

—Fuí yo quien le di a Quinn el vino que le emborrachó. Fuí yo el culpable de que se subiera a lo más alto del puente en aquel estado de embriaguez, fuí yo el culpable de la muerte de Quinn... Y hay muchos obreros que lo saben...

—¿Quién lo sabe?—preguntó Sharkey con los ojos encendidos como ascuas.

—Lo sabe Janauschek y lo sabe Brody.

—Pero ahora están ya todos despedidos. ¿Qué puedes temer de ellos?

—Quinn y yo éramos muy bue-

nos compañeros de trabajo. Yo no quería que se matara...

—¡Bah, olvida todo esto! Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado. La muerte de Quinn nos servirá para presionar a los obreros en la reunión de esta noche. Nada temas, que todo saldrá bien, y cuando yo esté en el lugar que hoy ocupa Mack Hale sabré recompensarte bien tu servicio—dijo Sharkey, dando unas amistosas palmadas en el pecho del obrero que se sentía acobardado ante el incremento que iba tomando la insubordinación provocada por aquel malvado Sharkey.

—¡Pero yo quiero que todo el mundo sepa que no soy un asesino, sino un trabajador honrado! ¡Yo no maté a Quinn! ¡Si alguien le ha matado ha sido usted, usted que me obligó a darle el vino!

—¡Cállate!... ¡Cállate, y no dejes de ir esta noche a la reunión obrera y no te dejes dominar por los nervios, estúpido, si quieres llegar a ser algo!

A Jimmy le bastó con lo que acababa de escuchar. Entró en el despacho de Mack y le dijo en aquel tono decidido que tanto había cautivado a Hale el día en que el muchacho se presentó a él por primera vez:

—Mi amo, sé que me ha despe-

dido usted de una manera injusta, porque yo nada tengo que ver con lo que están armando los obreros. Y sólo vengo a prevenirle que esta noche hay una reunión y que al salir de ella quieren venir a matarle a usted, porque quieren poner a otro en su lugar. ¡Todos los obreros asistirán a la reunión, todos! Téngalo usted en cuenta.

—Gracias, Jimmy—replicó Mack que comenzaba a estar seriamente preocupado por el cariz que tomaban los acontecimientos.

—Pero... ¿pero no piensa usted detener ese movimiento?—inquirió Jimmy mirando a Mack con los ojos muy abiertos, extrañado de la pasividad con que el amo se tomaba la noticia.

—No, Jimmy, nada haré: son hombres libres... ¡y son veintiuno contra mí! ¿Qué podría yo hacer?

Jimmy se alejó apenado. Quería ir a hablar con Lynn y no podía perder el tiempo. Era preciso actuar a toda prisa si querían impedir que el daño tomara toda la intensidad que Sharkey quería darle. Jimmy no encontró a Lynn en su oficina. Lynn, prevenida por las mujeres que a ella habían acudido, buscaba a Mack por todas partes, sin dar con él, porque Mack ya no estaba en las oficinas del puente ni en los lugares de trabajo.

—¿No tienes idea de dónde puede estar Mr. Hale?—preguntó Lynn con angustia a Janaushek, uno de los pocos obreros que permanecían fieles a su amo.

—No, no, señorita.

—Mr. Hale se ha marchado con la señorita Tuthil—dijo Jimmy que llegaba en aquel momento casi sin aliento porque había corrido como un loco desde la oficina de Lynn para dar con ella en la obra —Le he visto yo mismo y he venido a decírselo a usted porque en la oficina me han dicho que estaba usted buscando a Mr. Hale.

—Gracias, Jimmy... Voy a su encuentro... Tomaré un taxi... Tú, Jan, quédate aquí para vigilar lo que ocurra.

Lynn llevaba ahora dos amarguras encima: el peligro que corría Mack y los celos que la devoraban a ella. ¿Por qué Mack había salido con aquella coquetísima rubia que se había interpuesto entre los dos y que estaba empeñada en quedarse con Mack, arrebatándoselo a ella, a ella que le amaba con toda su alma?

No sabía Lynn que Mack había ido con Velma a ver al padre de ésta que, según Velma le aseguraba, podía hacer algo en aquel asunto de la insubordinación de los obreros del puente.

Lynn corrió a casa de Mack.

—¿Está Mr. Hale?—preguntó al que salió a abrirle la puerta.

—Sí, señorita, está en el salón, puede usted pasar—replicó el hombre, acompañándola.

Lynn entró sin ser anunciada, sin saludar casi, porque no quería humillarse demasiado ante aquel hombre que estaba empeñado en humillarla siempre.

—¿Ya sabes lo que ocurre en el puente?—le preguntó, entrando de lleno en el asunto que allí la llevaba. —¿Ya sabes lo que los obreros están tramando contra tí?

—¡Claro que lo sé!—replicó con indiferente orgullo Mack.

—Pues... ¿por qué no estás allá, ocupando tu puesto, presto a defender los intereses del puente y tus propios intereses?

—¡Bah, no te preocupes!... Ni mis hombres atentarán contra mí, ni yo voy a oponerme a que celebren una reunión...

—Pero puedes evitar que los agentes de Sharkey siembren la cizaña entre tus hombres; puedes evitar que Sharkey ejerza un control nefasto entre tus brigadas de trabajadores...

—Oye, Lynn, mis hombres ganan más jornal del que les corresponde y trabajan el límite justo de horas que está permitido trabajar

en esa clase de obras que yo dirijo, ¿entiendes? Si ellos se empeñan en escuchar a Sharkey, peor para ellos... Yo creo que tienen todos buen sentido y que ninguno le hará caso; si le hacen, ya te lo he dicho, peor para ellos y mejor para mí, porque, ¿qué hago yo teniendo a mis órdenes gentes que no tienen sentido? Tú, como eres una romántica, crees que todo se puede arreglar; pero yo soy un hombre positivista y estoy convencido de que las gentes que se dejan influenciar por un cualquiera no merecen ser tenidas en consideración.

Lynn se mordió los labios. Acababa de ver asomar a Velma en lo alto de la escalera y la presencia de la rubita le hacía mucho más daño que las palabras despectivas de Mack, aquellas palabras que eran una indirecta muy acertadamente dirigida a ella y que en otra ocasión se hubiera tomado el trabajo de discutir, pero que hoy le parecían bien poca cosa en aquel momento en que se sentía muy mujer, muy mujer porque sentía en toda su intensidad el dolor que producen los celos fundados.

—Perdona, no sabía que estaba estorbando—dijo. Y se retiró precipitadamente.

Velma se acercó sonriendo a Mack, le puso una mano sobre el hombro y mirándole con aquella

coquetería de que hacía siempre gala, le dijo:

—Dime, Mack, ¿qué piensas de mí?

—Que con un par de palizas bien dadas te pondrías a tono — replicó Mack, que estaba de mal humor por la forma en que Lynn había salido de la casa.

—Nadie se ha atrevido a dárme las nunca. ¿Te atreverías tú?

—Mira, déjate de tonterías y vamos a ver a tu padre, si es que él puede hacer algo para evitar el peligro de la reunión obrera de esta noche—contestó Mack, que no estaba para coqueterías ni para flirteos en aquellos momentos.

* * *

Los obreros se habían reunido en una gran sala. En el estrado Sharkey y sus hombres de confianza presidían la reunión que estaba bien preparada y para la que habían hilvanado algunas frases y golpes teatrales que influenciaran el ánimo de los obreros.

—Todos vosotros sabéis para lo que nos hemos reunido esta noche —comenzó diciendo Sharkey cuando el silencio se hubo hecho entre la concurrencia—. Todos vosotros sabéis que el jefe ha despedido hoy a su personal, porque ha encontrado a alguno de ellos en estado de

embriaguez... Y ninguno de nosotros puede afirmar que no haya sido Mack el que les haya proporcionado el vino para deshacerse del que le estorbaba... Por ejemplo, para deshacerse de Quinn... ¿Quién le ha visto caer del puente?... ¿No puede haber sido el mismo Hale el que le haya empujado? No podemos dejarnos dominar por esa tiranía... ¡Hemos de alzarnos contra ella! ¡Hemos de alzarnos contra el hombre que ha matado a un compañero nuestro!... Yo le he visto allá, tendido en el suelo, el semblante hinchado, amoratados los

ojos, rígidas las manos en el gesto doloroso de la muerte... Yo os pido a todos que nos descubramos en memoria del compañero desaparecido, del compañero alevosamente asesinado...

Todos se descubrieron dejándose llevar por aqueas palabras patéticas dichas en un tono de fingida emoción, y en aquel momento, en aquel momento preciso en que la masa parecía dejarse llevar por la elocuencia rastrera de Sharkey, irrumpió en la sala una mujer, una mujer firme y decidida, una mujer bellísima que venía con los ojos relampagueantes y la boca carnosa entreabierta por el ansia de hacer justicia y de aclarar todos aquellos puntos oscuros a los que los obreros no hubieran llegado si no hubiera nadie que sobre ellos hiciera la luz.

—¡Compañeros!... ¿Sabéis todos lo que esta reunión representa?—dijo, imponiendo silencio con su gesto y con su mirada, con su porte y con su decisión, Lynn Palmer que quería ella sola deshacer toda la trama de redes fabricada por la palabra venenosa de Sharkey— ¿Sabéis por qué os habla así ese hombre?... ¿Sabéis quiénes son los que le acompañan?... ¡Ninguno de ellos trabaja en el puente! ¡Ninguno de ellos se encontrará en medio de la

calle sin un mendrugo de pan que dar a sus hijos! ¡Obreros, pensad lo que hacéis!... ¡Sharkey no es vuestro amigo! ¡Sharkey no es un trabajador del puente, y sus hombres tampoco! Todo lo que quieren es hacerse ricos a costa de vuestra ingenuidad, de vuestra buena voluntad, de vuestra ignorancia... Primero intentó sacar dinero de Mack Hale... Ahora lo quiere sacar de vosotros... Mack Hale supo resistirle... ¿Por qué no habéis de resistirle vosotros también?

¡Fuera, fuera!... — gritaron varias voces, voces salidas de los hombres adictos a Sharkey y que se encontraban mezclados entre los obreros para producir mejor sensación—. ¡Hay que echarla del local! ¡A la calle, a la calle!

—¡Silencio!... ¡Quieto todo el mundo! — gritó Lynn volviendo a imponerse a la multitud— ¡Quietos, y a escucharme! Habéis sido despedidos. ¿Por qué? Porque un hombre llamado Sharkey compró a unos cuantos para que os emborracharan cuando fuérais al trabajo. Os digo la verdad. Que cada uno de vosotros piense en quién le dió el dinero para ir a la taberna o en quién le invitó a ir a la taberna. Que cada uno de vosotros juzgue por sí mismo y verá que lo que yo digo es

cierto... Mack Hale no mató a Quinn... Fué Sharkey el que le mató, dándole bebida bastante para que perdiera la cabeza al estar en lo alto del puente...

—Ved, compañeros, la valentía de Mack Hale—dijo uno de los hombres de Sharkey queriendo desvirtuar el efecto que en los obreros producían las palabras de Lynn—Mack Hale no se atreve a comparecer ante vosotros y manda de emisaria a su... a su amiga...

—¡Miente!—gritó en aquel momento la voz de Mack que acababa de entrar en la sala—Miente. Aquí estoy yo, que no necesito de emisarios ni necesito de nadie que defienda mis propios intereses—añadió, mirando con una mirada de reto y de orgullo a Lynn, que balbuceó, angustiada:

—Mack... yo...

Mack no la dejó hablar. Habló a sus obreros. Les habló con tanta elocuencia y tanta convicción que, preparados ya como estaban por las palabras de Lynn comprendieron el error en que les habían hecho caer los agentes provocadores capitaneados por Sharkey y, cambiando de pronto el rumbo de las cosas, aquellos hombres que habían ido allí dispuestos a acabar con Mack Hale, se volvieron contra Sharkey y los suyos que tuvieron

que huir a la desbandada, desesperadamente al verse descubiertos.

Lynn y Mack se contemplaron en silencio. Mack estaba vencido y quería confesarlo a aquella mujer, aunque la confesión, para aquel orgulloso, era algo que le costaba un esfuerzo supremo.

—Lynn—le dijo, acercándose a ella—, he estado equivocado hasta ahora... Siempre había creído que las gentes que necesitaban ayuda de otro eran gentes ineptas e indignas de atención. Hoy he visto que todos necesitamos de un espíritu que nos guíe y nos ayude... Hoy, si no hubiera sido por ti que has venido a traer la luz a estos espíritus, hubiera terminado para mí en una catástrofe... Perdóname todas las palabras ofensivas que he dicho siempre de tu trabajo...

—¡Oh, Mack!—replicó Lynn apoyándose mimosa en él—. Los dos somos obreros, los dos edificamos, los dos hacemos idéntico trabajo... aunque en distintos materiales: tú empleas el acero, el hierro, la piedra dura... y yo empleo el corazón y la inteligencia humana... y los dos trabajamos para un solo fin: el engrandecimiento de la humanidad...

—Ahora te comprendo, Lynn, te comprendo y te quiero mucho

más... Perdóname... Me siento humillado ante ti.

Ella se puso todavía más mimosa; le abrazó, recostó sobre su hombro su cabeza, y pegando sus labios al oído de Mack, le murmuró con ternura:

—¡Oh, no, no, querido!... ¡No

me gusta verte humillado!... Se me rompería el corazón si supiera que has perdido tu orgullo y tu arrogancia, que son tus mejores características... y que por ellas te he amado yo...

Mack sonrió y la besó apasionadamente.

FIN

Próximo número:

LA DELICIOSA PRODUCCION

"LA IRLANDESITA"

por Jane Whithers

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor

Arceid

MURBOS

PACO PEREZ

Salon

10-10-10

Page

Page



read
over part

E. B.